

mi alma no vuelve al convento. Si ese es todo el consejo para mi guardado, vuélvase pronto por donde ha venido que no quiero verla mas en mi vida, descastada tia, implacable madrastra, mujer sin corazon y sin entrañas.

—Pero ¿qué vas á hacer?

—No sé.

—¿Dónde vas á ir?

—Donde Dios quiera.

—¿De qué recurso te vas á valer?

—De la muerte. En muriéndome todo se arregla. Entre el sepulcro y el convento no puede haber duda.

—¡Ay! Dios mio ¡qué muchacho! Me quitará la vida. Mira, el día de mi casamiento con tu difunto tio, que santa gloria haya, me regaló un escudo de oro. No he querido desprenderme de él, aunque he pasado mucha hambre. Lo llevo como un relicario, pendiente del cuello y encerrado en el pecho. Habia decidido encerrarlo conmigo en mi propio ataud. Mas, ya que tan desesperado estás, tómallo, ahí lo tienes, y bien puedes decir que te entrega tu tia un pedazo de su corazon. Remédiate y piensa lo que vas á hacer, pues ya andas por aquí, ya andas por allí, verás como tienes que caer al cabo donde te depositaron estas benéficas manos mías, en el convento.

—No puedo decir, querida tia, cuanto agradezco este escudo que acaso me saque de los abismos y me lleve á los cielos, ni mas ni menos que si á una alma del purgatorio fuera consagrado. Yo procuraré ser digno de tanto favor, y pagarlo con verdadera correspondencia.

—Adios, hijo mio. Ya puedes sacar agua de las áridas peñas, cuando has sacado un escudo de mi faltriquera. Ya se ve; eres tan marrullero y yo tan débil. En este mundo no me queda otra cosa mas que tú. Cuando te veo, veo á tu padre, mi buen hermano; á tu madre, mi cuñada; á tu abuela, mi santa madre; á mi marido que te amaba con todo su gran corazon, á pesar de que te creia un diablillo hecho y derecho; me acuerdo de toda mi vida pasada; y lo pasado es el asilo único de los corazones que como el mio han gastado ya la vida y han perdido la esperanza. Adios, bribon, adios; solo te acuerdas de tu tia cuando tienes hambre.

Y la buena vieja se despidió tan satisfecha, y el sobrino se quedó tan suspenso y caviloso. Un escudo solo significaba algunos dias mas de agonia. Gastado, consumido ¿á qué puerta llamar, ni á qué asilo acudir? ¿Quién le arrojaria, ni el mendrugo que se arroja á un perro? ¿Quién le daría ni la madriguera reservada á las alimañas en los campos? Y entonces quizá el instinto de conservacion le arrastrara á recogerse al convento, como última tabla de salvacion. Si la llama de su esperanza agonizaba ¿qué hacia con echarle unas cuantas gotas de aceite, bastante á sustentarla y sostenerla algunos dias mas? Así es que pensó en consagrar aquel dinero al juego, pues si perdía, en realidad nada perdía mas que tres ó cuatro dias

de espera, y si ganaba, podia ganar quizá algun año, tiempo suficiente á revelar su pincel, en cuyo mérito ponía las esperanzas que pone siempre el género en todas sus obras. Lanzóse, pues, á la calle en busca de aquella señora que suele esquivarse cuando se la invoca y aparecer cuando menos en ella se piensa, hija natural de la casualidad, y de antiguo llamada fortuna. El juego era el único asidero que le restaba ya en su desgracia.

Al salir á la calle se encontró con que ardía en fiestas Florencia. El partido que formaba la nueva Señoría, para distraer los ánimos de las tristezas causadas por tantos destierros, y celebrar el regreso de aquel gran ciudadano llamado Cosme de Médicis, permitió toda suerte de espectáculos y regocijos, á mas de los dispuestos por su celo y pagados por su dinero. A este lado se veian procesiones que paseaban, al través de calles y plazas adornadas aparatosamente, efigies milagrosas entre armoniosos coros y bajo lluvias de flores. Al otro lado pasaban numerosas mascaradas, como si el carnaval hubiera ya venido, representando con propiedad y lujo trajes y costumbres y espectáculos de otros tiempos. El caballero romano se codeaba con los pares de Francia; y un Dux vestido de tisú de oro y pieles de armiño á la veneciana, con el sacerdote griego que ceñía su blanca túnica de lino, y sus verdes coronas de verbena y de laurel. Los trovadores, á la provenzal ataviados, pulsaban la mandolina y el laud, cantando acompañados por el pespunteo de los dedos en las cuerdas, serventesios y ovillejos de amor. Los juglares corrian caballeros en domesticados osos; danzaban con perros puestos en los piés; hacian gracias y gestos propios de los monos que llevaban al hombro; saltaban sobre espadas puestas de punta en el suelo, como si volaran; y atronaban los aires con sus gritos y sus clamores de júbilo. Todo era algazara. Los judíos vendian en tiendas ambulantes; los gitanos y gitanas anunciaban la buenaventura en quirománticos discursos; los saltimbanquis sonaban las varas mágicas dentro de los cubiletes; los jóvenes corrian en caballos sin freno ni cincha, como los griegos reproducidos por Fidias en los frontones del Parthenon; los funámbulos saltaban por cuerdas puestas á gran altura entre reja y reja de las casas; los campesinos jugaban á la barra y los ciudadanos á la pelota; aquí un bufon de las clases aristocráticas decia dicharachos sonando sus cascabeles y luciendo sus arlequinescas vestiduras de todas telas y matices; allá una música de atambores y flautas recordaba las antiguas bacanales; por este lado los arcabuceros disparaban estruendosas salvas; por otro lado disponian ya sobre los puentes, ya en las barcas del rio los coheteros deslumbrantes fuegos de artificio; cada corporacion sacaba sus pendones y hacia de grado ó por fuerza su respectiva fiesta; cada casa tenia una danza á su puerta; y cada sacristan tocaba á todo vuelo las campanas de su iglesia, convento ó ermita; de suerte que la severa ciudad etrusca parecia tocada de una verdadera demencia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Entre tanto regocijo, erraba triste Filippo, buscando con los ojos el sitio donde podria multiplicar en muchos escudos el escudo de oro, sacra reliquia de familia. Su pensamiento erraba por mil asuntos diversos y se detenia principalmente en el exámen de la suerte que le estaba reservada, si por acaso perdia al juego. Su dolor era tanto, que le asaltó idea propia de aquellos tiempos, la idea de vender su alma al diablo, de la que bastó á disuadirle un estremecimiento involuntario de horror, y la señal de la cruz, hecha con toda devocion sobre la frente que concibiera y los lábios que murmuráran tamaño dislate. Por fin, á favor del estruendo y de la multitud, se deslizó en oscura taberna, donde rodaban sobre súa mesa melladísimos dados. Eran de ver, á la siniestra luz de un callejon florentino, en el centro cubierto por espesas sombras donde sólo relucian algunos jarros y vasos, al vapor del vino, aquellos rostros entre absortos y demudados, aquellos lábios apretados que comprimian la respiracion, aquellos ojos que saltaban de las órbitas, aquellas imágenes del vino, creador y mantenedor de todos los vicios. Mientras los seis dados con que jugaban se oían chocándose en vasillo de cuerno, todo el mundo callaba; pero en cuanto salian, saltaban, rodaban y se veian los puntos contados con febril ansiedad, rompian y estallaban de un lado carcajadas y exclamaciones gozosísimas, mientras del otro lado, segun venia la suerte, gritos de angustia mas siniestros que el estertor de la agonía, y blasfemias y juramentos que acaso no se le hubieran ocurrido á los condenados en el infierno. Filippo lanzó su escudo de oro y todo el mundo le miró con verdadera envidia, creyendo hallarse enfrente de un verdadero potentado. La primer suerte le fué favorable y los escudos cayeron abundantemente en sus manos. Pero los cogió, los apretó con fuerza y los puso de nuevo á suerte. Esta vez la fortuna le fué adversa y se quedó por tanto sin una moneda en su bolsillo, sin una moneda para comer aquel día. La reliquia que aquella pobre mujer conservá-ra por tantos años, salvada de tan innumerables apuros, unguida con lágrimas, resto de una edad y de una ventura perdidas, testimonio de amor á la familia y al hogar, caía entre las manos de aquellos tahures comidos por todos los vicios que pueden gangrenar á nuestra frágil naturaleza. Profunda meditacion siguió á este nuevo movimiento de la rueda que sube y baja á los infelices humanos. Con aquel metal disipado en una taberna, se disipaban tambien todas las esperanzas y todas las ambiciones del jóven. No le quedaba mas que esta alternativa: ó enterrarse en el sepulcro ó enterrarse en el convento; de todas maneras la muerte, moral en un caso, y en otro material. Cuando mas absorto se encontraba en estos pensamientos, apareció un magistrado de la señoría con dos corchetes, encargado de perseguir estos juegos, cumpliendo activamente su encargo con echar una red barredera sobre los jugadores, y encerrarlos en la cárcel, ó proscribirlos de la ciudad. El traje que vestia, como que aumentaba la solemnidad del hecho: grandes babuchas

que parecian orientales, gorra negra de extrema sencillez, calzas de lana y punto de media hasta la rodilla, túnica de raso negro realzada por recortes de negro terciopelo, sobreveste de lana del mismo color, guantes de piel y vuelos de encaje. La imájen de la justicia aturdió á los jugadores, y el ademán de perseguirlos con que entraron los corchetes, obligóles á una general dispersion. Filippo saltó con la agilidad de un acróbata sobre el representante de la autoridad y sus corchetes, poniéndose fácilmente en cobro, y ganando aquellos laberintos de estrechos callejones, en los cuales fácilmente se burla toda persecucion y toda vigilancia.

En una de las encrucijadas, encontróse hermosa mujer tan escotada que mostraba por completo el seno, y tan artificiosamente puesta y adobada, que se veía cómo el áureo color de su pelo era completamente prestado por la magia del arte. Filippo, que no tenia penas cuando trataba de amores, comenzó por requebrarla con toda clase de chicoleos y concluyó por ofrecerle el brazo aceptado con toda naturalidad, yendo hasta la puerta de su casa, donde tanto insistió en sus ternezas que hubo de rendirla á sus deseos y encerrarse con ella, olvidado por aquellos rápidos momentos de todas sus contrariedades y de todas sus penas. El infeliz se preparaba en una mancebía para entrar en un convento, donde le lleva, le impele y hasta le arrastra la implacable necesidad, obligándole á sustituir su traje de brocado con traje de estameña.